Honor a quien honor merece, reza el dicho. Este homenaje en honor a Rolando es el caso. Es bien claro que honrar a nuestro amigo, compañero, colega y maestro es poner de relieve sus méritos. Así que a él mismo debo ofrecer disculpas, pues, a mi parecer, nunca fue proclive al elogio (aunque le encantaba tener la certeza del éxito y del haber bien atinado y logrado buenos resultados), ni tampoco fue adicto a destacar méritos (sin dejar de reconocerlos), toda vez que resultaba imperativo mayor el señalar **lo no atendido** y **lo por mejorar**, pues allí está y estará siempre la necesidad de centrar la atención y la energía.

Rolando Tinoco Ojanguren, quien recientemente cumplió sus 60 años, hasta sus últimos días se manifestó con su tremendo talento por la música, el tempo, la buena entonación y el buen rock, además de con destrezas en la batería, la flauta, las percusiones y el manejo de la voz. Fue un chilango empedernido. Sacó lo mejor de la chilanga banda, en términos de la espontaneidad, lo dicharachero, su talento para el bailongo, la forma de acomodar la palabra y la agilidad mental.

Desde que se vino a Chiapas, a principios de los ochenta del pasado siglo (creo que en 1984), encontró el complemento más conveniente a su personalidad para cuajarse (incluida prontamente su esposa, compañera y aliada, Imelda Martínez). Se hizo menos acelerado y tremendamente comprometido; medido en su capacidad alburera pero cada vez más atinado en su acción sociopolítica y académica relativa a las **problemáticas inercias socioculturales** chiapanecas; y, sin ser menos mordaz, mantuvo compromiso con el respeto (a la chiapaneca).

Ingeniero agrónomo uamita, habilísimo en las computadoras y los sistemas computacionales, desde siempre hizo de su labor una acción política, plenamente dispuesta y abierta a la inter y la transdisciplina. Trabajando en acciones sanitarias con proyectos articulados al Hospital de Comitán, en comunidades campesinas e indígenas fuertemente marcadas por la presencia de familias refugiadas guatemaltecas, se destacó por escuchar los requerimientos que para la acción proponían o demandaban sus interlocutores: personas campesinas y colegas de otras disciplinas.

Andando por vías paralelas e incluso los mismos caminos, no fue sino hasta los primeros días de 1994 y bajo el vuelo rasante de helicópteros y avionetas antizapatistas que se dirigían hacia los cerros del suroeste de San Cristóbal, cuando nos conocimos, coincidiendo en nuestra formación dentro de la primera generación de la Maestría en Ciencias en Recursos Naturales y Desarrollo Rural del, en ese entonces, Centro de Investigaciones Ecológicas del Sureste (CIES), a la postre ECOSUR.

Fue vehemente en el compartir su experiencia y su posición ideológica y política cultivada durante toda una década previa. En su intervenciones evidenciaba la contundencia de su opción por venirse a vivir a Chiapas, motivado por su compromiso solidario con la gente afectada por el sistema, la gente marginalizada y despojada de sus derechos; pero, al mismo tiempo, gente comprometida con la transformación de su inaceptable realidad y la conquista de una vida digna. Esto lo mantuvo como su constante, como a la postre lo puso de manifiesto en diversas causas, como la de la disidencia sexogenérica.

Viviendo ambos en Comitán, él con su esposa en su primer embarazo, pero también viviendo allá nuestro colega y mentor de Rolando el inolvidable David Halperin, en ese entonces Director del Área de Salud y Población del CIES, así como del Centro de Investigaciones en Salud de Comitán (CISC), íbamos y veníamos todos los días, sin que ninguno de ellos dos, sobre todo Rolando, aceptara un instante de distracciones a lo acuciante que resultaban tanto los estudios (viajábamos discutiendo los textos y alargando las sesiones haciendo ecos a los debates en ellas suscitadas), como la búsqueda de estrategias políticas para hacer avanzar y favorecer la consolidación del plan institucional del Dr. Pablo Farías como director, con su proyecto interdisciplinario y comprometido con la dimensión social de la investigación. (La única vez que guardó silencio -y yo lo agradecí-, fue cuando terminamos los cursos de la maestría. En ese momento, como un regalo inolvidable para mí, me puso el cassette de la maravillosa pieza: *Thick as a brick*, de Jethro Tull. Se las recomiendo. Escúchenla. Yo cada vez que la escucho me estremezco y pensé que sólo yo tenía el recuerdo, como si hubiese sido una anécdota, pero muy recientemente él me la recordó. Fue un regalo intencionado.)

Con su capacidad de comprensión y articulación del discurso académico, distinguía con facilidad los aportes de textos y de docentes, así como también sus fisuras e inconsistencias. Entre nuestra generación no es muy fácil recordar cómo resultaba que él fuese más agudo para distinguir las capacidades y habilidades de cada cual.

Tras haber logrado nuestros grados e incorporándose un año después que yo en la planta académica de Ecosur, hicimos mancuerna para fortalecer el lugar de las ciencias sociales con su perspectiva crítica dentro del quehacer académico de nuestro colegio. Para mí, hacerme aliado de un peso tan pesado (no sólo por su tamaño y sus kilos, sino por el peso de su creatividad y su crítica) fue todo un placer. Además, ¿quién, querido por él, no recibió su ayuda de alguna manera?

Su capacidad crítica y su gusto por provocar fueron fantásticos. Estos recursos, junto a aquella creatividad y espontaneidad, resultaron ser estrategias metodológicas fundamentales para la formación de las generaciones que tuvieron el privilegio de tenerle como profesor, como aliado e impulsor. Él hacía de los espacios formativos, espacios apropiados (en el sentido de hacerlos propios colectivamente), lugares para la concienciación, para el recordatorio, para el señalamiento del sentido de aquello que convocaba e interpelaba. Ninguna alienación tenía cabida en su presencia.

No quiero concluir sin dejar bien señalado que, para mí, nuestro entrañable colega y compañero Rolando Tinoco fue, entre las y los colegas, alguien que se destacó sobresalientemente por su lealtad a la institución, por su claridad en que su labor debía fortalecer a todo Ecosur; por su lealtad a su compromiso social y a su solidaridad al remarcar que Ecosur se debe al pueblo de México, pero enfáticamente a su región, a los pueblos de su entorno y a cada persona afectada o tocada por el puro quehacer de nuestro trabajo académico y de investigación.

Sin duda, este homenaje resulta fundamental, no sólo para Ecosur, para su posgrado, para su Departamento de Sociedad y Cultura, para su grupo académico de Estudios de Género, también es fundamental para para su familia, para quienes lo tenemos en nuestro corazón y nuestra memoria, resulta fundamental para mí y lo agradezco.

Que hagamos, pues, trascender el legado que cada cual tenemos de Rolando. ¡Viva Rolando! ¡Viva su memoria!

Muchas gracias.

13 de enero de 2023